

La decisión de ser madre: fecundidad y educación en España

TERESA MARTÍN GARCÍA*

RESUMEN

En la actualidad, las mujeres más jóvenes viven su transición al estado adulto de manera muy diferente a las mujeres de generaciones precedentes. Estudian durante más años, retrasan la maternidad y reducen su fecundidad. Pero, ¿cómo se relacionan estos factores? Utilizando datos de la Encuesta Española de Fecundidad y Familia, este artículo analiza en qué medida la decisión de ser madre se ve influida por la educación, tanto por el nivel educativo alcanzado como por el tipo de estudios realizados. Los resultados indican que las mujeres de niveles educativos más bajos tienen un número mayor de hijos. Pero no existe una relación lineal negativa entre fecundidad y educación en España. En efecto, las mujeres más educadas no muestran siempre una probabilidad menor de ser madres o de tener más hijos. El impulso a las políticas de género podría contribuir a que todas las mujeres, independientemente de su nivel educativo o clase social, logaran que el número de hijos que tienen se acercara al número de hijos que, según declaran en las encuestas, desean.

tales. Algunos demógrafos consideran que la baja fecundidad y los recientes índices por debajo de los niveles de reemplazo (2,1 hijos por mujer) forman parte de la llamada *segunda transición demográfica*: el progresivo desarrollo económico ha provocado una transición a valores posmaterialistas que se caracteriza por cambios importantes en las actitudes u opiniones sobre el matrimonio, la familia y la sexualidad de los individuos. Un mayor individualismo y la emancipación de las mujeres se consideran el motor de tales cambios, con una tendencia constante a un retraso en la pauta de fecundidad, un aumento de la infecundidad y un descenso en la fecundidad para todos los órdenes.

Esta conocida teoría basada en los valores y las actitudes resulta satisfactoria a la hora de entender el descenso de los índices de fecundidad ocurrido durante las últimas décadas en los países desarrollados. Sin embargo, no resulta útil para explicar la fecundidad durante los años del *baby-boom*, y sobre todo, las diferencias actuales entre países. Respecto al primer fenómeno, se sabe que la fecundidad comenzó a disminuir antes de la Segunda Guerra Mundial, aumentó durante las décadas de posguerra, y luego descendió de nuevo hasta los niveles actuales por debajo del reemplazo en casi todos los países europeos occidentales. Resulta difícil explicar el motivo por el que estos valores posmaterialistas no tuvieron el efecto señalado más arriba durante las décadas del *baby-boom*.

Además, existen diferencias importantes en los cambios que se han producido recientemente en el proceso de formación de las familias en cada uno de estos países. Van de Kaa (1987) nos recuerda que estas diferencias responden a la especificidad de características culturales que facilitan o

1. INTRODUCCIÓN: EXPLICANDO LA BAJA FECUNDIDAD¹

En la actualidad, numerosos trabajos señalan dos tipos de causas diferentes para explicar los índices de fecundidad de las sociedades occiden-

* Doctora miembro del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales (Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones) e investigadora del Instituto Universitario Europeo (Florencia).

¹ Agradezco a Gøsta Esping-Andersen todos sus comentarios y sugerencias durante la elaboración de la tesis doctoral de la que este trabajo forma parte.

CUADRO 1

ÍNDICE COYUNTURAL DE FECUNDIDAD EN EUROPA OCCIDENTAL DURANTE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS

	1970	1980	1990	2000	2005 (est.)
Alemania	2,03	1,56	1,45	1,36	1,39
Austria	2,29	1,62	1,45	1,34	1,36
Bélgica	2,25	1,68	1,62	1,66	1,64
Dinamarca	1,95	1,55	1,67	1,77	1,74
España	2,90	2,20	1,36	1,24	1,28
Finlandia	1,83	1,63	1,78	1,73	1,73
Francia	2,47	1,95	1,78	1,89	1,85
Grecia	2,39	2,21	1,39	1,29	1,33
Holanda	2,57	1,60	1,62	1,72	1,66
Irlanda	3,93	3,25	2,11	1,89	1,87
Italia	2,42	1,64	1,33	1,23	1,28
Luxemburgo	1,98	1,49	1,61	1,79	1,79
Portugal	2,83	2,18	1,57	1,52	1,47
Reino Unido	2,43	1,90	1,83	1,65	1,66
Suecia	1,92	1,68	2,13	1,54	1,66
Media UE-15	2,26	1,87	1,64	1,57	1,47*
EE.UU.	—	1,84	2,08	2,13	2,08

* UE 15+10 nuevos países.

Fuente: EUROSTAT, *Demographic Data, New Cronos Database*, 2000; OECD, *Education at a Glance*, 2000, y OECD, *Society at a Glance*, 2002. Datos estimados para 2005 en *The World Factbook* (www.cia.gov/cia/publications/factbook/index.html).

impiden los cambios demográficos. El protestantismo, por ejemplo, concediendo más importancia a la autonomía individual y por tanto a la independencia económica de las mujeres, ha favorecido estos cambios, mientras que el catolicismo los ha retrasado. Reher (1998) también señala las distintas formas culturales de la familia a lo largo de la historia para explicar las diferencias entre el norte y el sur de Europa.

Estas diferencias entre países pueden apreciarse en los niveles de fecundidad. El cuadro 1 muestra que la fecundidad está creciendo un poco en América del Norte y el norte de Europa desde los años noventa, acercándose a los niveles de reemplazo². Sin embargo, en el resto de países europeos occidentales (a excepción de Francia e Irlanda), la fecundidad fluctúa a niveles muy bajos

² En el año 2000, los índices coyunturales de fecundidad fueron de 2.13 en Estados Unidos, y 1.77, 1.73, 2.08 y 1.85 en Dinamarca, Finlandia, Islandia, y Noruega, respectivamente. Suecia, sin embargo, presentaba una tasa equivalente a 1.54. El índice coyuntural (sintético) de fecundidad es la suma de las tasas de fecundidad por edad de la mujer, observadas en un año específico.

entre 1,3 y 1,7, y se presenta muy por debajo de la tasa de reemplazo en los países del sur de Europa. España e Italia son dos de los países con el índice coyuntural de fecundidad más bajo del mundo (1,2) desde 1995 (Kohler *et al.*, 2002). En todo caso, no parece que la expansión general de valores pos-materialistas pueda explicar las diferencias de fecundidad existentes entre países.

Una segunda explicación de la disminución de nacimientos la proporciona la teoría económica (Becker, 1981). Ésta prevé que “la creciente independencia económica de las mujeres, como resultado de una mejor educación y de mayores oportunidades en el mercado de trabajo, es una de las causas fundamentales del descenso de la fecundidad, dado que un aumento en las posibilidades económicas de las mujeres aumenta el coste relativo de los hijos y, por lo tanto, reduce su demanda” (Blossfeld y Huinink, 1991: 144, 146). La frecuente división sexista del trabajo dentro de la familia hace que el tiempo de la madre constituya la mayor parte del coste total de oportunidad de tener hijos. A nivel micro (individual), esto significaría que cuanto mayor sea el nivel educativo y las oportunidades laborales de la madre, menor será el número de

hijos esperado. Desde un punto de vista agregado, se esperaría una relación inversa entre, por un lado, los niveles de participación y los salarios relativos de las mujeres en el mercado de trabajo, y, por otro, los índices de fecundidad de cada país.

Constituye una evidencia empírica sólida que las mujeres han retrasado sus primeros alumbramientos en la mayoría de los países europeos occidentales desde la década de los setenta. Durante el mismo período, los niveles de fecundidad han disminuido en muchos de estos países, llegando en la actualidad a niveles por debajo del reemplazo. Las mujeres más jóvenes transitan de la juventud al estado adulto de manera marcadamente diferente a las mujeres de generaciones previas. Estudiar durante un período más largo de sus vidas y aumentar el abanico de estilos de vida posibles conduce al retraso de la pauta de fecundidad (Blossfeld, 1995). En el pasado, mujeres y hombres formaban una familia y tenían hijos a una edad relativamente temprana. La principal aspiración de muchas mujeres consistía en casarse y convertirse en ama de casa. La maternidad era un hecho común y esperado en la vida de cualquier mujer.

El creciente número de mujeres en el mercado de trabajo es, sin duda, un importante indicador de estos cambios. En algunos países, "hay más mujeres dentro que fuera del mercado de trabajo, y se espera que las mujeres sigan incorporándose en los próximos años, especialmente los grupos más jóvenes. Además, las mujeres más jóvenes no sólo se han incorporado al mercado de trabajo en números récord, sino que también demuestran un compromiso fijo, a largo plazo y a tiempo completo, como muchos trabajadores varones" (Gerson, 1985: 1, 7). "Más de la mitad de las mujeres en edad de trabajar y de las mujeres casadas que viven con sus parejas trabajan en la actualidad, compartiendo la responsabilidad de garantizar una economía adecuada para el hogar" (Blau, Ferber y Winkler, 1992: 39). Es decir, se están produciendo cambios importantes en el trabajo y la fecundidad de las mujeres como resultado de los cambios producidos en sus preferencias (Liefbroer, 1999). Las mujeres más jóvenes desean incorporarse al mercado de trabajo y mantener una posición en él, y dado que las condiciones pueden ser adversas en determinados contextos institucionales, se ven obligadas a decidir entre el trabajo o la familia.

Así pues, buena parte del reciente descenso en la fecundidad se ha explicado como resultado del aumento en los niveles educativos y el trabajo remunerado de las mujeres en la mayoría de las

sociedades avanzadas. Sin embargo, esta hipótesis es demasiado simple y los hechos empíricos no respaldan esta explicación teórica (Hoem, 1993: 101). En primer lugar, numerosas investigaciones han demostrado que la relación tradicionalmente inversa entre la participación de las mujeres en el mercado de trabajo y la fecundidad se ha convertido en los últimos tiempos en una relación positiva. De hecho, los países del sur de Europa se caracterizan por unos niveles bajos de participación femenina en el mercado de trabajo y una fecundidad también muy baja. Por ejemplo, en lo que se refiere al grupo de mujeres entre 25 y 40 años, la participación femenina ha aumentado hasta niveles históricos durante las dos últimas décadas en España. Sin embargo, las cifras agregadas están todavía muy por debajo del 60%; por lo tanto, lejos de los niveles del 80% y más que se registran en América del Norte o el norte de Europa. De hecho, los países nórdicos tienen una de las tasas de fecundidad más altas en Europa al mismo tiempo que mantienen una fuerte presencia de las mujeres en el mercado de trabajo (Hoem, 1993: 103).

En segundo lugar, la fecundidad no ha disminuido en Estados Unidos en las últimas décadas, a pesar del incremento de los salarios relativos de las mujeres respecto a los de los hombres. Las oportunidades laborales de las mujeres han aumentado, y los hogares con dos miembros en el mercado de trabajo se van convirtiendo paulatinamente en la norma social. La cuestión principal es en qué medida las políticas públicas liberan a las mujeres de ciertas obligaciones familiares (efecto de sustitución), y hasta qué punto la maternidad es compatible con el trabajo (coste de oportunidad de los hijos). Por último, la evidencia empírica demuestra también que la fecundidad en los países nórdicos aparece actualmente positivamente relacionada con los niveles de educación, visto que los niveles más altos de fecundidad corresponden a las mujeres más educadas (Kravdal, 1992).

Por lo tanto, más educación y más participación femenina en el mercado de trabajo no tienen por qué disminuir el interés por el matrimonio y la maternidad, tal y como sugiere la ya citada teoría económica de la familia. Ciertamente, períodos más largos en el sistema educativo, un uso cada vez más generalizado de contraceptivos y técnicas de planificación familiar, y la legalización del aborto en la mayoría de los países europeos³ han permitido separar las relaciones sexuales del matrimonio; como consecuencia, se ha producido un

³ Irlanda es la única excepción.

aumento en la edad en la que las personas contraen matrimonio por primera vez. Este fenómeno es importante para las tasas de fecundidad general, dado que existe una contundente base empírica de acuerdo con la cual el retraso en la formación de la familia conduce a una disminución en el número de años fértiles para una mujer (Blossfeld, 1995). Las mujeres, prolongando su presencia en el sistema educativo, posponen su transición de la adolescencia al estado adulto y, por lo tanto, retrasan la maternidad. Así pues, la edad más tardía en la que un número cada vez mayor de mujeres tiene su primer hijo en la actualidad afecta a la descendencia final de las generaciones. Además, el conflicto que se plantea entre los roles de trabajadora y madre es mayor para las mujeres más educadas durante los primeros años del estado adulto. Por consiguiente, este grupo de mujeres retrasa el momento de la maternidad el máximo posible para aumentar sus oportunidades laborales y disminuir sus pérdidas económicas.

En definitiva, las mujeres han retrasado la maternidad durante las últimas décadas, y la edad media en la que tienen el primer hijo es muy similar en todos los países europeos occidentales. Por ejemplo, la edad media de la mujer en el momento del primer hijo en Dinamarca es muy parecida a la edad media en España o Italia⁴. Sin embargo, Dinamarca tiene índices de fecundidad más altos. Por tanto, que no se puede predecir directamente la medida en la que el retraso de la maternidad puede tener un efecto real en la disminución de la fecundidad general de las mujeres; así pues, no basta tampoco para explicar las diferencias entre países en lo que respecta a los niveles de fecundidad.

En este sentido, algunos trabajos señalan que en países con una baja fecundidad el efecto del retraso en la edad del primer hijo puede llegar a ser más importante que en países con índices de fecundidad más altos. Así, los países del sur de Europa cuentan con una fortísima relación entre el momento inicial de la maternidad y los niveles de fecundidad, y el efecto del retraso en la edad a la que se tiene el primer hijo no se ha reducido en las generaciones más jóvenes. En estos países, la baja fecundidad persiste y no se aprecia una recuperación clara. De hecho, en Italia y en España "el efecto del retraso es altísimo, e implica una reducción relativa de la fecundidad final que oscila entre el 2,9 y el 5,1% por cada retraso de un año en el momento de tener el primer hijo" (Kohler *et al.*, 2002: 647).

⁴ En el año 2000, la edad media en Dinamarca era de 28.9. En España e Italia, 29.3 y 29.2 respectivamente.

En otros contextos, el retraso se compensa por el denominado "efecto recuperación". En Dinamarca, por ejemplo, "el retraso está relacionado con un aumento de la fecundidad a una edad más alta. Por lo tanto, el retraso no se refleja totalmente en una fecundidad final disminuida" (Jensen, 2002: 2). Las mujeres danesas nacidas en el período 1930-1952 que tuvieron uno o ningún hijo a la edad de 30 años, alumbraron más hijos pasada esa edad. "El efecto de una mayor permanencia de la mujer en el sistema educativo es mayor en la fecundidad hasta la edad de 30 años que en los niveles agregados de fecundidad, y esto demuestra que Dinamarca es un caso de retraso de la maternidad (como la mayor parte de los países occidentales europeos) en el que, sin embargo, existe una recuperación parcial. Si miramos la fecundidad de estas mujeres después de los 30 años, el nivel educativo tiene un importante efecto positivo, sobre todo para las generaciones más jóvenes, lo cual confirma el efecto de recuperación en este país" (Jensen, 2002: 10).

En resumen, la cuestión importante es la recuperación y no sólo el retraso a la hora de tener hijos. Este hecho nos indica que "las causas del descenso en la fecundidad no pueden deberse sólo al aumento de capital humano de las mujeres" (Hoem, 1993: 101). La importancia concedida a los hijos y el interés de ser madre no tienen por qué disminuir en la misma medida en que aumenta la inversión en educación para las mujeres. Existen diferencias entre mujeres en función del país en el que se viva, e incluso existen diferencias entre las mujeres de un mismo país, por lo que no puede admitirse que el retraso actual a la hora de tener el primer hijo lleve incondicionalmente a un descenso de la descendencia final de las generaciones.

Tal y como se ha señalado, anteriores trabajos han puesto de relieve un efecto positivo de la educación en la fecundidad general de las mujeres en los países nórdicos. Además, las mujeres constituyen un grupo muy heterogéneo (Hakim, 1997), y algunas pueden seguir pautas más tradicionales que otras. Todo ello sugiere que cada mujer responde de forma diversa a los dilemas estructurales que afrontan todas las mujeres en la sociedad actual (Gerson, 1985: 11); es decir, que existen diferencias individuales como consecuencia de las diversas preferencias y constricciones de cada mujer. La siguiente sección tratará de dar respuesta a la cuestión de si todas las mujeres, con independencia de su nivel educativo, retrasan y/o abandonan la maternidad en España, o si, por el contrario, existen diferencias

entre mujeres en lo que respecta a su fecundidad en función del nivel y tipo de educación.

Merece la pena subrayar, en cualquier caso, que España representa un caso especialmente interesante. A pesar de ser tradicionalmente considerado un país católico y de tradición familiar, ha sido uno de los primeros en alcanzar la fecundidad más baja dentro de los países con los índices de fecundidad más bajos⁵ (Kohler *et al.*, 2002). Durante las décadas más recientes, el índice coyuntural de fecundidad cayó drásticamente de 2,90 a 1,18, uno de los más bajos en Europa desde 1995. La edad media en el momento de tener el primer hijo subió de 24,5 a una media por encima de los 28 durante los noventa. En la actualidad, se acerca casi a los 31 años. En 1960, el 45,8% de todos los nacimientos en España correspondían a mujeres de 30 años o de edad superior. Esta cifra disminuyó al 38, 34,6 y 36,3% en 1975, 1980 y 1985 respectivamente, pero aumentó de nuevo a 43,9, 45,5 y 49 en los años noventa (1990, 1992 y 1995) (Bosveld, en Gustafsson, 2001).

La similitud de los datos en la década de los sesenta y en la de los noventa respecto a las mujeres de 30 años, o incluso mayores, implica un “descenso en la *cantidad* y un descenso en el *tiempo*, es decir, las parejas actualmente tienen menos hijos y las madres son más mayores cuando los tienen” (Gustafsson, 2001: 227, 228). Parece, pues, que el efecto de recuperación no compensa el retraso a la hora de tener hijos en España, y el resultado de esto puede ser la ausencia de recuperación, en términos de fecundidad general, en el medio o largo plazo.

La causa más plausible de las diferencias existentes entre países y dentro de ellos en lo que respecta a la formación de la familia en general, y a la decisión de tener hijos en particular, es que estas decisiones dependen de cómo perciban los individuos los riesgos que entrañan. Es decir, el hecho de que no exista una red amplia y efectiva de medidas sociales (servicios públicos de guarderías de calidad y para todos los menores, permisos suficientes de paternidad y maternidad, estancia pagada en casa en caso de enfermedad del menor, derecho a reducir la jornada laboral cuando el trabajador tiene un hijo, etc.), la incapacidad económica para comprarse una casa en ausencia de otras opciones ofrecidas y/o promovidas por el Estado, y la amplia precarie-

⁵ Kohler *et al.* (2002) designan de esta manera a los países que tienen un índice coyuntural de fecundidad inferior a 1.5 hijos por mujer. Durante los años noventa, 14 países (fundamentalmente concentrados en el sur, centro y este de Europa) alcanzaron tales niveles.

dad e inseguridad del mercado de trabajo español, hacen que los jóvenes perciban sus vidas como algo mucho más “vulnerable e inseguro” que las generaciones pasadas y, por lo tanto, “no asuman ciertos riesgos” (Esping-Andersen *et al.*, 2002: 8).

Así, la mayor parte de los jóvenes españoles posponen su primera unión y la paternidad (autores como Livi Bacci hablan de un serio “síndrome del retraso” en España e Italia), limitan sus preferencias por los hijos, o incluso abandonan la idea de tenerlos⁶. Sin embargo, cuando se les pregunta cuál es, en su opinión, el número ideal de hijos en una familia, sus preferencias convergen totalmente con las de los demás europeos. El cuadro 2 demuestra que las mujeres españolas desearían tener dos hijos, con independencia de su nivel educativo. De esta manera, la razón por la cual acaban teniendo menos hijos o incluso ninguno no es debida al hecho de que las mujeres más jóvenes prefieran tener menos hijos que, por ejemplo, las jóvenes danesas.

Parece razonable afirmar que la decisión de tener hijos depende no sólo del deseo que las mujeres tienen de ser madres, sino también de las oportunidades y constricciones con las que se enfrentan (Liefbroer, 1999). O lo que es lo mismo, no podemos considerar que los recursos de las mujeres son un indicador homogéneo de la libertad que tienen de elegir su maternidad o su posición en el mercado de trabajo en cualquier sociedad. Citando a Amartya Sen (1992: 29), “es necesario tener en cuenta las dificultades que éstas encuentran a la hora de transformar sus recursos en bienestar y libertad de elección”. Con independencia de las preferencias propias, esta decisión depende de las características de la familia, del mercado de trabajo y de las prestaciones y los servicios a los que pueden acceder como ciudadanos de un Estado del bienestar.

2. EL CASO ESPAÑOL EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS

Como se ha señalado anteriormente, el incremento del capital humano y la creciente independencia económica han transformado paulatinamente la situación económica de las mujeres y han llevado a un nuevo orden socio-económico. En

⁶ Esta última opción sigue siendo marginal en España. Desde un punto de vista comparado, nuestro país mantiene niveles bajos de infertilidad (13%).

CUADRO 2

**PREFERENCIAS RESPECTO AL NÚMERO DE HIJOS DESEADO
SEGÚN EL NIVEL EDUCATIVO DE LA MUJER (%)**

	Mujeres con estudios primarios	Mujeres con estudios secundarios inferiores	Mujeres con estudios secundarios superiores	Mujeres con estudios superiores
0-1 hijos	3,56	6,37	6,26	7,08
1-2 hijos	3,12	3,80	5,13	4,72
2 hijos	44,64	55,29	50,14	51,97
2-3 hijos	16,62	12,83	14,81	11,02
Más de 3 hijos	32	21,99	24,45	24,79

Nota: Se han incluido todas las generaciones. La pregunta es: En su opinión, ¿cuál es el número ideal de hijos para una familia en este país? [Pregunta 617].

Fuente: Encuesta Española de Fecundidad y Familia (1995).

algunos países, como Estados Unidos o los países nórdicos, las tasas de participación femenina en el mercado de trabajo comienzan a parecerse a las de los hombres. Sin embargo, la reciente "revolución femenina" en el mercado de trabajo español no es el resultado de cambios producidos en el comportamiento de todas las mujeres, sino en el de las generaciones más jóvenes. De hecho, el mayor incremento en las tasas de participación femenina en el mercado de trabajo se produjo en España entre 1981 y 1991, mucho después que en los demás países europeos occidentales.

Además, tal y como ha señalado Hakim (1996: 60), la entrada de las mujeres en el mercado de trabajo no ha supuesto que hayan ocupado puestos de trabajo hasta entonces "masculinos", ya que son las mujeres (junto con los jóvenes) las que más sufren la precariedad del mercado laboral español. Por otra parte, la estructura ocupacional y las condiciones de trabajo tampoco se han visto modificadas sustantivamente. Por ejemplo, el sector público ofrece generalmente más facilidades de combinar el cuidado de hijos con el trabajo remunerado, pero la proporción de trabajos en el sector público sigue siendo baja en España desde un punto de vista comparado.

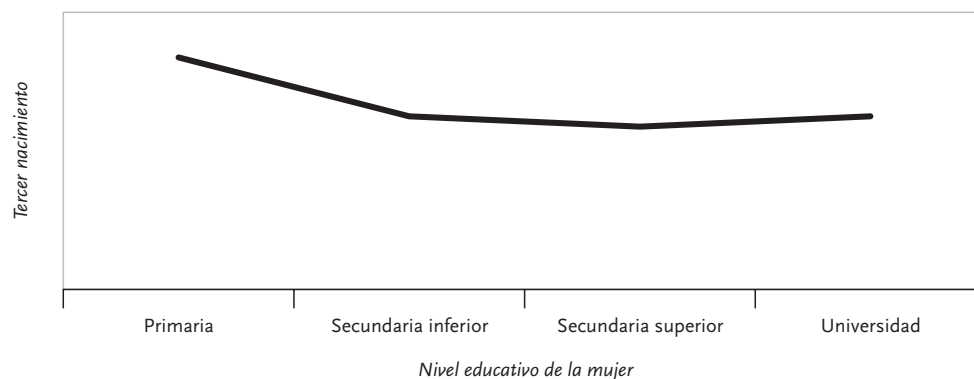
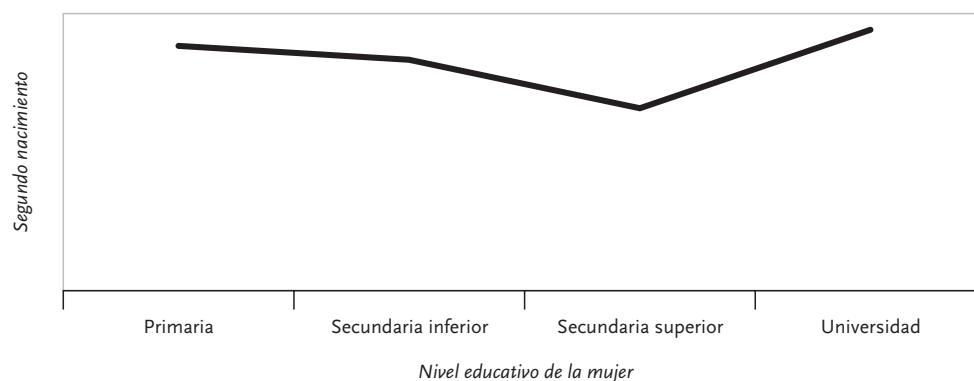
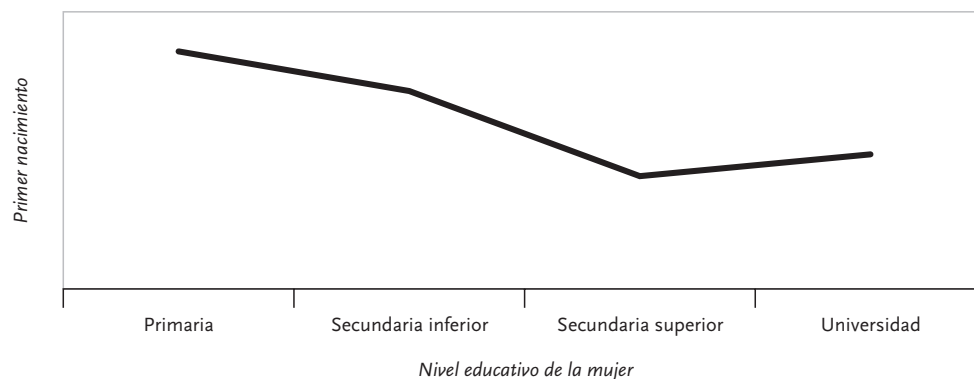
En esta sección, se examinará si la presencia femenina en el mercado de trabajo (modesta si la comparamos con otros países, pero muy significativa para las generaciones más jóvenes) ha cambiado el rol tradicional de las mujeres. Con fines meramente prácticos, por limitación de espacio, se considerará la educación como un indicador aproximado del potencial económico y laboral.

El incremento importante del nivel educativo de las mujeres a lo largo de las últimas décadas no ha sido una condición suficiente para reducir las diferencias de género y clase en España. Shavit y Blossfeld (1993: 101-129) han señalado que la igualdad en Suecia, por ejemplo, ha sido posible sólo gracias a la eficacia del sistema sueco en la reducción de tales diferencias en lo que respecta a las oportunidades y decisiones a las que los individuos se enfrentan día a día, a través de servicios y prestaciones sociales universales, es decir, no basadas en la posición de cada individuo en el mercado de trabajo. En España, esta cuestión continúa planteándose, dado que las políticas sociales y del mercado de trabajo difícilmente disminuyen la incompatibilidad entre familia y trabajo, y siguen siendo en gran medida responsables de las divisiones que existen entre las mujeres trabajadoras que tienen el número de hijos deseado, y aquellas que tienen sólo el número de hijos que "se pueden permitir".

Y así, en términos generales, la clase social sigue prediciendo fuertemente el comportamiento demográfico de las mujeres en España: las mujeres/los hogares con menos recursos tienen un número mayor de hijos. Sin embargo, en contra de lo establecido por la teoría económica de la familia, no existe una relación lineal negativa entre fecundidad y clase social. Las mujeres más educadas no siempre presentan una probabilidad menor de ser madres o de tener un número mayor de hijos. Los gráficos 1, 2 y 3 evidencian una relación con forma de U entre el nivel educativo de las mujeres y su fecundidad a lo largo de las últimas décadas.

GRÁFICOS 1, 2 Y 3

PROBABILIDAD DE TENER EL PRIMER, SEGUNDO Y TERCER HIJO
SEGÚN EL NIVEL EDUCATIVO DE LA MADRE
(CATEGORÍA DE REFERENCIA: MUJERES CON EDUCACIÓN SECUNDARIA INFERIOR)



Fuente: Datos de la Encuesta Española de Fecundidad y Familia (1995)⁷.

⁷ Resultados obtenidos con métodos de análisis de biografías. En el primer nacimiento se ha controlado por generaciones, número de hermanos, actividad de la mujer y participación en el sistema educativo. En el segundo, por la edad de la mujer en el momento del primer nacimiento, generaciones, número de hermanos, actividad de la mujer y nivel educativo de la pareja. En el tercer nacimiento, por generaciones, edad de la mujer al tener el primer hijo, intervalo entre los dos primeros nacimientos, número de hermanos, sexo de los dos primeros hijos, actividad de la mujer y nivel educativo de la pareja (Véase Martín García, 2005).

El incremento del nivel educativo de las mujeres tiene un efecto indeterminado en la fecundidad general de las mujeres. La teoría económica de la familia prevé un efecto negativo o positivo, en función del elemento que predomine (el coste de oportunidad o el efecto de los ingresos). La falta e/ o insuficiencia de servicios públicos de atención a la infancia de cero a tres años en España, por ejemplo, hace que el precio del cuidado de los menores dependa fuertemente de los recursos económicos de las familias⁸. Esto ocurre para la mayoría de las mujeres o de los hogares que no pueden “beneficiarse” de los abuelos. De hecho, para los segundos nacimientos, encontramos evidencia empírica de las teorías económicas neoclásicas que no prevén un abandono de la fecundidad como resultado de una acumulación mayor de capital humano, sino una fecundidad mayor (a pesar del retraso inicial) debido a la constante mejora económica de la mujer en el mercado de trabajo (Cigno y Ermisch, 1989) (gráfico 2). “Las mujeres más educadas generalmente ganan salarios más altos, contribuyen activamente a la economía del hogar y, por lo tanto, son capaces de asumir mejor los costes económicos de una familia más numerosa” (Kravdal, 1992: 468). Además, estas mujeres están normalmente emparejadas con hombres con un nivel educativo alto (González-Lopez, 2001), lo que les permite beneficiarse de los recursos materiales comunes para pagar el cuidado de los hijos, y de los recursos humanos para compartir de manera más equilibrada las tareas domésticas y de cuidado de los hijos.

Así pues, parece que, a pesar de todo, en la sociedad española existen todavía “normas sociales en lo que se refiere a la maternidad y al tamaño de los hogares” (Hoem, 1993: 102), y la norma de los dos hijos prevalece incluso para las mujeres con un nivel de educación más alto. Sin embargo, investigaciones pasadas demuestran que el efecto (positivo) de los ingresos tiene como base la idea de que “la familia y el trabajo son fácilmente compatibles, y las mujeres son capaces de volver al mercado de trabajo después de un período de ausencia por maternidad” (Kreyenfeld, 2002: 17). Ahora bien, como ya se ha subrayado, este presupuesto no es válido para el caso español. De hecho, del gráfico 3 cabe inferir que, a pesar de no existir una relación lineal negativa entre el nivel de educación de la

⁸ El cuidado privado es caro y este hecho agudiza las diferencias de clase entre las mujeres/los hogares, ya que crea desigualdades en las clases más altas, y no funciona en el caso de las mujeres/los hogares más necesitados, que no pueden permitírselo.

madre y el nacimiento del tercer hijo, el efecto del coste de oportunidad domina en gran medida.

Los graves problemas de incompatibilidad no solventados por las políticas laborales y familiares impiden la recuperación, es decir, que las mujeres más jóvenes tengan el mismo número de hijos que las mujeres de las generaciones más antiguas, aun cuando empiecen a una edad más tardía. Una de las consecuencias sociales más inmediatas es la baja fecundidad actual. El reducido número de casos de la muestra y el hecho de que la Encuesta Española de Fecundidad y Familia no permita una investigación detallada de todo el período posfranquista a causa del retraso general en la transición al estado adulto por parte de las generaciones más jóvenes, obliga a tomar con precaución el resultado de una relación positiva entre educación y tercer nacimiento. Está por ver si esta situación perdurará en el tiempo o si los problemas de incompatibilidad no resueltos harán que la relación deje de tener forma de U y se convierta poco a poco en negativa.

Sin embargo, este escenario presentado en los gráficos 1, 2 y 3 depende, en gran medida, de las características individuales de cada mujer y de su propio estilo de vida. Para ciertas mujeres, algunos de los factores asociados a un mayor nivel de educación todavía contribuyen a disminuir su fecundidad. De ahí que sea importante considerar no sólo el nivel educativo de la mujer, sino también su tipo de educación. La teoría económica de la familia simplifica demasiado la realidad. Es necesario tener en cuenta el factor institucional y, además, los factores culturales que afectan el proceso de formación de la familia y la maternidad. Este componente cultural ayuda a explicar los cambios producidos en las estructuras sociales a nivel agregado, y las decisiones tomadas por los individuos a nivel micro. Las generaciones más jóvenes llegan al estado adulto con distintos objetivos o aspiraciones en lo que se refiere a la familia o la vida laboral, pero cada mujer responde de una manera particular a estos cambios económicos y socio-demográficos. Es decir, cada mujer decide una trayectoria vital específica dentro de una gama amplia de posibilidades, y lo hace en función de valores, actitudes o preferencias personales. La educación, pues, no sólo supone una acumulación de capital humano negociable en el mercado de trabajo; el tipo de educación elegido puede expresar, en cierta medida, la orientación de la mujer en lo que respecta a sus roles futuros como trabajadora y madre. Por tanto, la decisión de tener o no hijos puede depender no sólo del nivel de educación de la madre, sino también del tipo de educación que haya seguido.

Los gráficos 4, 5 y 6 indican las consecuencias de la segregación educativa en el comportamiento demográfico de las españolas en las últimas décadas. En contra de la teoría económica de la familia que prevé un efecto negativo del nivel educativo en la decisión de tener el primer, segundo y tercer hijo, los datos de la Encuesta Española de Fecundidad y Familia demuestran que un mayor nivel educativo no conduce necesariamente al abandono del proceso de formación de la familia. Por el contrario, este efecto varía en función del tipo de educación alcanzado en cada nivel educativo. En concreto, estudios tradicionalmente "femeninos" favorecen la fecundidad en España: los estudios relacionados con el cuidado de los individuos y/o los estudios que implican relaciones sociales e interpersonales tienen un impacto positivo, con independencia del nivel de educación de la mujer⁹.

En el análisis del primer nacimiento, las diferencias entre los diversos tipos de educación son particularmente destacables en el nivel más bajo de educación. Son menos visibles en la educación secundaria superior, y casi desaparecen en el grupo de mujeres con estudios universitarios. Por una parte, las mujeres que han ido a la universidad en las últimas décadas constituyen un grupo más orientado al mercado de trabajo y a una carrera profesional, por lo que muestran homogéneamente una probabilidad menor de tener el primer hijo. En segundo lugar, un alto porcentaje de las mujeres universitarias pertenecientes al grupo de estudios "más favorables" a la maternidad trabajarán posteriormente en la enseñanza o en el sector público. En España, el acceso a este tipo de trabajos se produce a través de *oposiciones*, y este hecho significa que estas mujeres tardan más en "situarse" en el mercado de trabajo una vez que han finalizado su educación. Ahora bien, en una fase posterior, este grupo de mujeres puede ser uno de los más privilegiados, dado que cuentan con algunos de los aspectos señalados con anterioridad (mayores recursos económicos y humanos, con una pareja de nivel educativo similar) y, además, pueden beneficiarse

⁹ Estudios incluidos en esta categoría son pedagogía y ciencias de la educación; medicina y ciencias de la salud; bellas artes y artes aplicadas; humanidades; religión y teología; ciencias sociales y del comportamiento; derecho y jurisprudencia; y economía del hogar. En "Otros estudios" se han incluido administración de empresas; ciencias naturales; matemáticas e informática; artes y oficios industriales; ingeniería; arquitectura y urbanismo; agricultura, montes, pesca; transportes y comunicaciones; profesionales/oficios del sector servicios; comunicación de masas y documentación [Pregunta 806 de la Encuesta Española de Fecundidad y Familia (1995)]

en el sector público de una mayor flexibilidad de horario y mejores oportunidades laborales para compatibilizar trabajo y familia. De hecho, los datos del segundo y tercer nacimiento parecen corroborar esta idea.

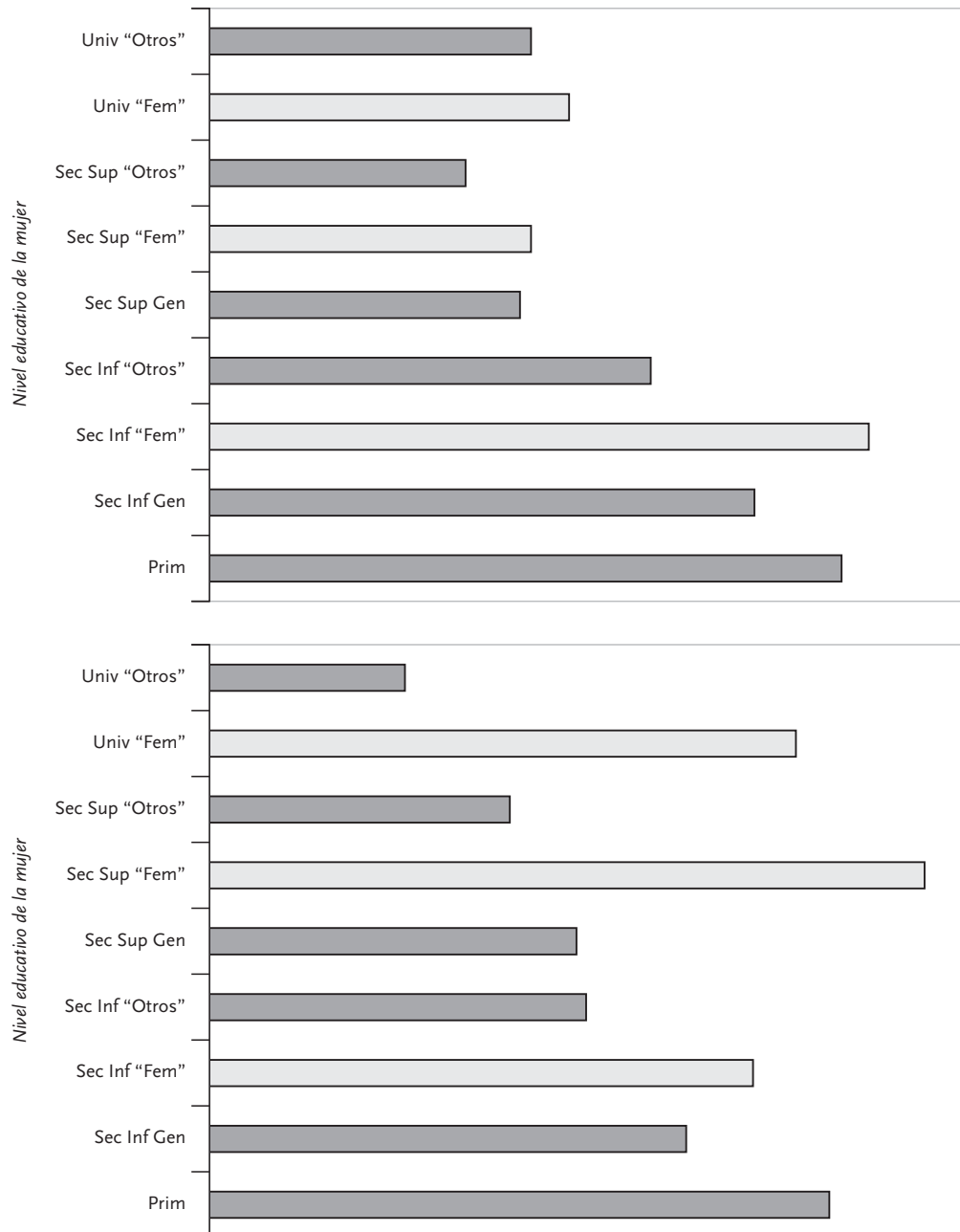
Todos los grupos posponen el nacimiento del primer hijo, pero las mujeres con un nivel educativo superior y con estudios enmarcables en la categoría de "cuidado de personas y relaciones interpersonales" pasan al segundo hijo más rápidamente. Estas mujeres que ya han tenido su primer hijo constituyen un grupo específico con una clara proclividad a la maternidad, y las circunstancias favorables ya comentadas ayudan a la hora de decidirse a tener más hijos. De hecho, existen diferencias importantes en el segundo y tercer hijo, según el tipo de educación de las mujeres universitarias. Estas mujeres sí parecen "recuperar" su fecundidad en cierta medida. Tienen el primer hijo más tarde como consecuencia de un mayor tiempo en el sistema educativo, pero luego acaban alcanzando el número de hijos deseado. Así pues, el discurso del tipo de educación parece aplicarse más a la intensidad (número de hijos) que al *timing* de la fecundidad (cuándo se tienen los hijos).

El tipo de educación influye, por tanto, en el segundo nacimiento para las mujeres con estudios secundarios superiores y universitarios de la manera prevista. Para las mujeres con niveles de educación secundaria inferior, el efecto de la educación no depende en absoluto del tipo de educación. Parece que la maternidad forma parte del proceso de socialización de estas mujeres (con independencia de su tipo de educación), y de esta manera deciden pronto ser madres (aunque sólo sea de un hijo) para recibir la aprobación de su entorno social. Consideran que, más que terminar la educación, trabajar, o incluso casarse, la maternidad es el evento vital que las establece como miembros adultos, estables y aceptables de la sociedad (Hoffman y Hoffman, 1973: 47). Por último, el tipo de educación influye en el nacimiento del tercer hijo para todos los grupos de mujeres.

Con estos resultados, se evidencia el nexo existente entre el tipo de educación que una mujer elige en sus años iniciales de adolescencia, y su decisión de ser madre y de tener uno o más hijos, una vez que entra en una unión en un momento posterior de su vida (Martín García, 2005; Martín García y Baizán, 2006). La limitación de los datos impone la cautela en su interpretación, pero parece oportuno indicar que el tipo de educación capta

GRÁFICOS 4, 5 Y 6

PROBABILIDAD DE TENER EL PRIMER, SEGUNDO Y TERCER HIJO
 SEGÚN EL NIVEL Y TIPO DE EDUCACIÓN DE LA MADRE
 (CATEGORÍA DE REFERENCIA: MUJERES CON EDUCACIÓN SECUNDARIA INFERIOR GENERAL)



Fuente: Datos de la Encuesta Española de Fecundidad y Familia (1995). Véase la nota 7

importantes diferencias dentro del grupo de mujeres de un mismo nivel educativo, previamente omitidas por los estudios tradicionales de fecundidad, que sólo se fijaban en el nivel de educación. Dado que un número siempre mayor de mujeres pasa más tiempo en el sistema educativo y aumenta su nivel de educación, cabe pensar que el impacto de esta variable cualitativa será cada vez más relevante en los estudios sobre fecundidad.

3. LA BAJA FECUNDIDAD EN ESPAÑA: UN RETO PARA LA POLÍTICA SOCIAL

Estas diferencias en el comportamiento demográfico de las mujeres españolas invitan a la reflexión y plantean algunos interrogantes a la política social en España. Las decisiones y estilos de vida de cada mujer no sólo reflejan las motivaciones, la personalidad individual o el capital humano, como defienden algunos autores (Hakim, 1996: 50, 129). Dependen también de las constricciones a las que se enfrenta o las oportunidades de las que goza cada mujer. Desde este punto de vista, si nada cambia en el futuro, la tardía y baja fecundidad se convertirá cada vez más en España en el resultado de las diferencias de educación y clase que existen entre las mujeres. A nivel individual, el sistema tradicional español no garantiza la igualdad de oportunidades para todas las mujeres. En otras palabras, no todas son igualmente libres a la hora de elegir el número de hijos o su participación en el mercado de trabajo. Paradójicamente, el sistema español, basado tradicionalmente en la familia, dificulta la formación y reproducción de esta institución social en la actualidad.

A nivel agregado, el hecho de que muchas mujeres tengan que abandonar el mercado de trabajo (temporal o definitivamente) en el momento de ser madres implica una pérdida importante de capital humano, especialmente cuando las mujeres con titulación universitaria deben pasar períodos fuera del mercado de trabajo por razones estrictamente familiares. Estas mujeres sufren un alto coste de oportunidad en lo que se refiere a sus salarios y carrera profesional. "A pesar de que pueda parecer la solución más rentable para el bienestar de la familia a corto plazo, encargarse exclusivamente de las labores domésticas y del cuidado de los hijos no resulta ventajoso para las mujeres o para la propia familia a largo plazo" (Blau, Ferber y Winkler, 1992: 41-42). O lo que es lo mismo, la tradicional división

sexista de roles, además de injusta para la mujer, no resulta eficaz¹⁰. Lo cierto es que los poderes públicos muestran con frecuencia un entusiasmo discursivo que se traduce sólo limitadamente en el avance en las políticas sociales y laborales que permitan continuar en el mercado de trabajo a las mujeres trabajadoras con hijos. Además, una tasa relativamente baja de participación femenina en el mercado de trabajo supone una base impositiva reducida, y una prolongada baja fecundidad en España podría constituir una amenaza para la viabilidad económica del Estado del bienestar en el futuro (Esping-Andersen, 1999: 70).

Por otra parte, la idea de que la división sexista del trabajo (es decir, que el hombre trabaje fuera y que la mujer se dedique preferentemente a las tareas domésticas y al cuidado de los hijos) constituye la solución más eficaz para el bienestar de la familia a corto plazo parece sólidamente arraigada en la sociedad, así como también la de que la participación de las mujeres en el mercado de trabajo no es la mejor opción para el cuidado y bienestar de los hijos. Sin embargo, no existe una base empírica sólida que evidencie el efecto negativo de que las madres trabajen fuera del hogar. Este impacto nocivo puede darse cuando las madres sufren una situación de desempleo, tienen trabajos altamente estresantes o se enfrentan a trabajos precarios e/o inseguros durante largo tiempo (Lynch, 2000). Si no, resulta razonable pensar que el incremento en el nivel educativo y la participación de las mujeres en el mercado de trabajo pueden tener un efecto positivo en el bienestar de los hijos, dado que aumentan los ingresos familiares y, por tanto, los hijos cuentan con más recursos (materiales y personales) dentro del propio núcleo familiar.

Ahora bien, difícilmente puede conseguirse este objetivo sin la implementación de diversas políticas efectivas para la infancia, entre las que cabe destacar la de los servicios de guardería (de calidad y cobertura universal) como sustituto válido del cuidado ofrecido por los padres. La estrategia actual de usar a los abuelos como cuidadores es problemática por diversas razones. En primer lugar, la posibilidad de contar con las propias madres no durará siempre, toda vez que las generaciones más jóvenes se han ido incorporando al mercado de trabajo y muchas mujeres serán trabajadoras en el momento de necesitarlas para el cuidado de los nietos en el futuro. En segundo lugar, esta práctica

¹⁰ Obviamente me refiero a mujeres dedicadas exclusivamente al trabajo doméstico que no hayan elegido voluntariamente ser amas de casa.

continuaría perpetuando las desventajas y diferencias que existen entre mujeres en lo que se refiere al trabajo dentro y fuera de casa.

Por lo tanto, las políticas efectivas y universales para el cuidado de los menores constituyen una condición necesaria para compatibilizar la familia y el trabajo en España. De acuerdo con autores como Esping-Andersen, no podemos olvidar que este tipo de políticas promueven la igualdad de oportunidades de las mujeres, al tiempo que garantizan la igualdad de un cierto nivel de vida para todos los niños y niñas, siendo una de las medidas más efectivas contra la pobreza. Los servicios de atención a la infancia pueden actuar positivamente en la disminución de las diferencias de clase entre mujeres y entre menores. Si no lo hacen, los niños y las niñas de cero a tres años se enfrentan a oportunidades y constricciones diversas en función de la posición de los padres en el mercado de trabajo, la división del trabajo dentro del hogar, así como los distintos modos en los que pueden ser cuidados (madre ama de casa, abuelos, guarderías públicas, guarderías privadas, "nannies", etc.). En este sentido, como escribió Gerson (1985: 229), "no es la mayor independencia de las mujeres a través del trabajo lo que amenaza el bienestar de los hijos, sino la relativa devaluación social y económica de los menores y de las personas que cuidan de ellos (...). Hasta que no valoremos suficientemente a nuestros menores para concederles los servicios necesarios y no compensemos a las personas encargadas de su cuidado, no podemos esperar que sean las mujeres las únicas que lleven la carga que rechazan nuestros poderes políticos y sociales."

Conviene, además, tener en cuenta que, a pesar de la creciente presencia de mujeres en el mercado de trabajo, la división del trabajo doméstico ha cambiado poco en España. Es decir, el trabajo remunerado de las mujeres fuera del hogar no se ha visto necesariamente acompañado de un aumento en la participación de sus parejas en las tareas domésticas. Y este hecho puede igualmente reforzar las diferencias entre mujeres. Los hombres más educados suelen participar más porque mantienen actitudes más paritarias, lo cual puede mejorar las oportunidades para el trabajo remunerado y la fecundidad de las mujeres con un nivel educativo superior. Por esta razón, es obvio que la creciente *masculinización* de las funciones de las mujeres (las más jóvenes desean y planifican una participación en el mercado laboral a largo plazo) debería acompañarse de una paralela *feminización* de las funciones masculinas (Esping-Andersen *et al.*, 2002: 70, 71, 88).

Ciertamente, los hombres se aproximan cada vez más al perfil laboral de las mujeres como consecuencia de ciertas interrupciones involuntarias causadas por la inestabilidad, la precariedad y el desempleo, rasgos que continúan caracterizando al mercado de trabajo español (especialmente entre los grupos menos educados), pero en estos casos se trata simplemente de constricciones. La cuestión importante es, sin embargo, en qué medida el comportamiento de los hombres es más *femenino* de manera voluntaria y elegida (Esping-Andersen *et al.*, 2002: 88). Las mujeres asumen un coste demasiado alto si tienen hijos y la pareja no contribuye, ya que tienen que hacer frente a la doble carga de trabajo fuera y dentro de casa. Por lo tanto, sería deseable que esta cuestión no permaneciese meramente en el ámbito familiar. Ciertas políticas pueden adquirir un papel importante, por ejemplo, a la hora de garantizar una mayor igualdad en las ausencias del centro de trabajo debidas exclusivamente al cuidado de los hijos. En la campaña electoral de las últimas elecciones en España (2004), los distintos partidos políticos presentaron promesas convergentes en cuanto a la necesidad de ayudar a las madres trabajadoras. Sin embargo, sigue siendo una asignatura pendiente la adopción de medidas estructurales y de políticas específicas en el ámbito de la familia y del mercado de trabajo. Saber que las autoridades comienzan a interesarse por estas cuestiones y que prometen hacer algo al respecto no parece suficiente para convencer a las jóvenes mujeres/parejas de que se puede seguir teniendo dos o más hijos en la España actual.

Los jóvenes y las mujeres son los dos grupos sociales que en mayor medida sufren la inestabilidad y precariedad del mercado de trabajo, así como la ausencia de las políticas citadas (Baizan, 2004). La situación de desempleo, temporalidad o bajo salario en la que viven muchas mujeres trabajadoras no constituye un fenómeno transitorio en sus trayectorias laborales (por ejemplo, durante su primer empleo). Una proporción alta de mujeres vive en esa situación durante un período largo, quizá durante toda su permanencia en el mercado de trabajo. Y este hecho afecta a sus trayectorias vitales en general, y particularmente a su decisión de tener hijos. Representa, por tanto, un problema serio que perdurará en el tiempo si no se toman las medidas oportunas (Esping-Andersen *et al.*, 2002: 6).

La adopción de las denominadas *políticas de género* puede, por una parte, dar respuesta a estas y otras necesidades de las mujeres. Estas políticas constituyen una condición necesaria para

garantizar la igualdad de género y la conciliación de trabajo y familia. Por otra parte, contribuyen a disminuir la pobreza infantil (en la medida que las mujeres aportan recursos a la economía familiar), garantizar la posición laboral de las mujeres (la ausencia de participación o la participación interrumpida de las mujeres en el mercado de trabajo supone una pérdida importante de capital humano) y, sobre todo, a evitar los niveles extremadamente bajos de fecundidad en el largo plazo. En resumen, como mantienen Esping-Andersen, Gallie, Hemerijck y Myles (2002: 20), "aumentar el bienestar de las mujeres significa aumentar el bienestar de la sociedad en su conjunto".

BIBLIOGRAFÍA

BAIZÁN, P. (2004), "El efecto del empleo, el paro y los contratos temporales en la baja fecundidad española de los años 1990", artículo presentado en el VIII Congreso Español de Sociología, Alicante, 23-25 septiembre (extraído de: <http://www.fes-web.org>).

BECKER, G. (1981), *Treatise on the family*, Cambridge, Cambridge University Press.

BLAU, F. D.; FERBER, M. A. y A. E. WINKLER (1992), *The economics of women, men, and work*, Upper Saddle River, Prentice Hall.

BLOSSFELD, H. P. (ed.) (1995), *The new role of women. Family formation in modern societies*, Boulder, Westview Press.

BLOSSFELD, H. P. y J. HUININK (1991), "Human capital investments or norms of role transition? How women's schooling and career affect the process of family formation", *American Journal of Sociology*, 97 (1): 143-168.

CIGNO, A. y J. ERMISCH (1989), "A micro-economic analysis of the timing of births", *European Economic Review*, 33: 737-760.

ESPING-ANDERSEN, G. (1999), *Social foundations of postindustrial economies*, Oxford, Oxford University Press.

ESPING-ANDERSEN, G.; GALLIE, D.; HEMERIJCK, A. y J. MYLES (2002), *Why we need a new welfare state*, Oxford, Oxford University Press.

GERSON, K. (1985), *Hard choices: How women decide about work, career, and motherhood*, Berkeley, University of California Press.

GONZÁLEZ LÓPEZ, M. J. (2001), *The interplay between occupational career and family formation in Spain*, tesis doctoral, Instituto Universitario Europeo, Florencia.

GUSTAFSSON, S. (2001), "Optimal age at motherhood. Theoretical and empirical considerations on postponement of maternity in Europe", *Journal of Population Economics*, 14: 225-247.

HAKIM, C. (1996), *Key issues in women's work. Female heterogeneity and the polarization of women's employment*, Londres, Athlone.

HOEM, B. (1993), "The compatibility of employment and childbearing in contemporary Sweden", *Acta Sociologica*, 36: 101-120.

HOFFMAN, L. W. y M. L. HOFFMAN (1973), "The value of children to parents", en FAWCETT J. T. (ed.), *Psychological perspectives on population*, Nueva York, New York Press: 19-76.

JENSEN, P. (2002), "The postponement of child birth: Does it lead to a decline in completed fertility or is there a catch-up effect?", trabajo presentado en la conferencia organizada por el Departamento de Economía de la Aarhus School of Business, Aarhus C., Denmark.

KOHLER, H. P.; BILLARI, F. y J. A. ORTEGA (2002), "The emergence of lowest-low fertility in Europe during the 1990s", *Population and Development Review*, 28, 4: 641-680.

KRAVDAL, Ø. (1992), "The emergence of a positive relation between education and third birth rates in Norway with supportive evidence from the United States", *Population Studies*, 46, 3: 459-475.

KREYENFELD, M. (2002), "Time-squeeze, partner effect or self-selection? An investigation into the positive effect of women's education on second birth risks in West Germany", *Demographic Research*, 7, 2.

LIEFBROER, A. C. (1999), "From youth to adulthood: understanding changing patterns of family formation from a life course perspective", en VAN WISSEN, L. J. G. y P. A. DYKSTRA (eds.), *Population issues. An interdisciplinary focus*, Nueva York, Kluwer Academic/Plenum Publishers.

LYNCH, L. (2000) "Trends in and consequences of investments in children", en DANZINGUER, S. y J. WALDVOGEL (eds.), *Securing the future. Investing in children from birth to college*, Russell Sage, Nueva York: 19-46.

MARTÍN GARCÍA, T. (2005), *Women's education and fertility in Spain. The impact of educational attainment and of educational choice on first, second and third Births*, tesis doctoral, Instituto Universitario Europeo, Florencia.

MARTÍN GARCÍA, T. y P. BAIZÁN (2006), "The impact of the type of education and of educational enrollment on first births", de próxima publicación en *European Sociological Review*, 22, 3.

REHER, D. S. (1998), "Family ties in Western Europe: Persistent contrasts", *Population and Development Review*, 24: 203-234.

RINDFUSS, R. R.; MORGAN, S. P. y G. SWICEGOOD (1988), *First births in America: Changes in the timing of parenthood*, Berkeley, University California Press.

SHAVIT, Y. y H. P. BLOSSFELD, H. P. (eds.) (1993), *Persistent inequality. Changing educational attainment in thirteen countries*, Oxford, Westview Press.

SEN, A. (1992), *Inequality re-examined*, Nueva York, Russell Sage Foundation.

VAN DE KAA, D. J. (1987), "Europe's second demographic transition", *Population Bulletin*, 42: 3-57.